

## COLÓN, CORTÉS Y LOS DEMÁS. MODELOS DE RELATO DE VIAJE EN EL SIGLO XVI ESPAÑOL<sup>1</sup>

MANUEL LUCENA GIRALDO

Centro de Ciencias Humanas y Sociales. CSIC

### RESUMEN

Abordamos en este artículo los problemas de definición de los relatos de viaje españoles en el siglo XVI, a partir de tres estudios de caso. En primer lugar tratamos el héroe navegante, Cristóbal Colón, en segundo término al héroe conquistador Hernán Cortés y en último lugar al antihéroe, Lope de Aguirre. Concluimos que hacia 1560 la posibilidad del relato de viaje descubridor había sido eliminada por la emergencia de narrativas urbanas y criollas.

### PALABRAS CLAVE

Cristóbal Colón, Hernán Cortés, Lope de Aguirre, Literatura de viajes, descubrimientos, América.

### ABSTRACT

This article study the definition of Spanish travel literature in the Sixteenth Century. It compares three important cases. On the one hand, that of Christopher Columbus, navigator and hero. Secondly, the case of Hernan Cortes, hero and conqueror, and then Lope de Aguirre, the antihero. It concludes that by 1560 the possibilities of a travel literature linked to discoveries had been surpassed by urban and creole narratives.

### KEY WORDS

Christopher Columbus, Hernan Cortes, Lope de Aguirre, Travel literature, Discoveries, America.

La historia de los viajes y exploraciones españoles presenta problemas historiográficos de difícil resolución. Entre los que podríamos considerar generales –atribuciones de autoría y de liderazgo, preeminencia en los descubrimientos occidentales a escala global, articulación entre conocimientos obtenidos y posterior experiencia cultural y social- se añaden otros específicos. Estos se vinculan, por una parte, al famoso debate decimonónico sobre el carácter de los españoles y su capacidad o no para las tareas científicas. Y por otra, aparecen cuestiones relacionadas con la escasa institucionalización de la ciencia de navegar y sobre todo la ruptura de las tradiciones viajeras, carentes de continuidad y productoras de un relato desvertebrado hasta nues-

---

<sup>1</sup> Fecha de recepción: 27 de mayo de 2010. Fecha de aceptación: 15 de diciembre 2010.

tros días. La historia de los viajes españoles se configura así como un inventario de avances y retrocesos, de expansiones y contracciones, de momentos de auge seguidos de una obligatoria e inevitable decadencia. En este artículo nos ocuparemos de uno de estos ciclos historiográficos, correspondiente a la “era gloriosa” de los descubrimientos del siglo XVI.

#### MUTACIONES GEOGRÁFICAS

El descubrimiento de América en 1492 abrió hacia el oeste la frontera del Occidente europeo de manera insospechada y con consecuencias apenas imaginables para los protagonistas y testigos de aquel año milagroso: Cristóbal Colón y los marinos y tripulaciones que lo acompañaron hasta su llegada el 12 de octubre a un islote situado, quizás, en las actuales islas Bahamas. Tal acontecimiento fue considerado *a posteriori* uno de esos momentos cenitales que suelen elegirse para designar la elegía de un mundo terminado y el comienzo de otro inaugural. En historia, sin embargo, las explicaciones no pueden, si quieren serlo, estar revestidas de semejante sencillez. Las interpretaciones providenciales del devenir humano se fundan en fechas míticas, que inician ciclos de tiempo cuyo significado en un presente determinado justifican su elección. Todo ello es tan taumátúrgico como efectivo para desgranar una narrativa capaz de explicarnos de dónde venimos, para que sepamos quiénes somos. Pero tiene poco que ver con la realidad histórica en su enorme complejidad.

Ante el fascinante proceso de invención de América como Extremo Occidente y frontera sobrevenida de Europa, es fácil, sin embargo, caer en la tentación y apuntar que esa cuarta parte del mundo estaba llamada a existir, más allá de su milenario aislamiento, a partir de un instante fundacional mítico. En la *Riqueza de las naciones* (1776) Adam Smith señaló con certeza que el paso del cabo de Buena Esperanza por los portugueses en 1488, con la apertura de la ruta de la India y las deseadas islas de las especias, junto al descubrimiento de América por los españoles en 1492, el hallazgo de dos rutas básicas para el comercio y la navegación, constituían dos eventos fundacionales para la humanidad<sup>2</sup>. Tanto por el comienzo de una relación permanente entre descubridores y descubiertos, iniciando el mestizaje de economías, políticas, culturas y creencias que hoy llamamos “globalización”, como por la mutación que supuso la multiplicación del espacio y la inclusión en una entidad mayor de los habitantes de continentes antes aislados.

---

<sup>2</sup> Carlos RODRÍGUEZ BRAUN, *La cuestión colonial y la economía clásica*, Alianza Editorial, Madrid, 1989, p. 42.

Pobladores de una pobre y superpoblada península de Asia llamada Europa desde tiempos remotos, revestidos de una curiosidad y un arrojo característicos de pueblos marítimos, así como de un ideal caballeresco asociado a las aventuras oceánicas, libres de las limitaciones impuestas por despotismos paralizantes, los europeos en general y los españoles en particular participaron en una mutación esencial. En 1492, los cien millones de europeos ocupaban una extensión de poco más de seis millones de kilómetros cuadrados<sup>3</sup>. Desde entonces, en apenas unas décadas, la superficie de la tierra en la que estaban presentes se multiplicó por cinco, la densidad se contrajo a una sexta parte de la preexistente y se difundió por doquier la idea de que en Ultramar existían riquezas asombrosas esperando ser halladas y explotadas, puesto que así lo había decidido la divina providencia. El comercio de valiosas y extrañas mercancías se multiplicó, se difundieron comidas y bebidas deliciosas y el oro y la plata se traficaron en cantidades inimaginables<sup>4</sup>.

La aparición del Nuevo Mundo desplazó en el mapa del universo tierras, hombres y ciudades y las dispuso donde adquirieron coherencia y significado. En una “Memoria” dirigida en 1524 al patriciado de Córdoba, el humanista Hernán Pérez de Oliva señaló que era preciso impulsar la navegación del río Guadalquivir, “porque antes ocupábamos el fin del mundo y ahora estamos en el medio, con mudanza de fortuna cual nunca otra se vio”<sup>5</sup>. El conquistador y cronista Gonzalo Fernández de Oviedo fallecido en 1557, mencionó el “imperio occidental de nuestras Indias” y pidió abandonar discusiones y dejar de disputar “esta materia de Asia, Africa y Europa, pues lejos estamos en las Indias de donde al presente aquestas cosas hierven”<sup>6</sup>. Semejantes ansiedades geográficas refieren un desfase entre la realidad del mundo “hallado” desde 1492 y la capacidad de asimilarlo, tanto por los descubridores y cronistas como por los indígenas descubiertos, entregados en las décadas iniciales del siglo XVI a buscar en el arsenal de sus culturas respectivas explicaciones para las catástrofes que los dioses del cielo parecían haber precipitado sobre ellos. La fabricación de determinados relatos de viaje en las décadas posteriores representó así tanto una interpretación de estos cambios como el fundamento de expansiones posteriores.

---

<sup>3</sup> Se trata de un cálculo conservador, la Europa actual tiene 10.530.750 km. cuadrados; Walter. P. WEBB, *The Great Frontier. An interpretation of World History since Columbus*, Secker&Warburg, Londres, 1953, p. 100 y ss.

<sup>4</sup> John H. ELLIOTT, *El Viejo Mundo y el Nuevo, 1492-1650*, Alianza Editorial, Madrid, 1990, p. 75-78.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 93.

<sup>6</sup> Antonello GERBI, *La naturaleza de las Indias nuevas*, FCE, México, 1992, p. 313.

## EL HÉROE NAVEGANTE

A comienzos de 1493, Cristóbal Colón dirigió una carta a los Reyes Católicos que enumeraba los sucesos acontecidos a su llegada al Nuevo Mundo en estos términos: “Creyeron y creen que yo, con estos navíos y gente, venía del cielo y con este acatamiento me recibían. En llegando a cualquier población, los hombres y mujeres y niños andaban dando voces por las casas: Venid, venid a ver a la gente del cielo”<sup>7</sup>. El escrito del descubridor no dejaba lugar a dudas. El acatamiento de los descubiertos había surgido de manera espontánea, al margen de cualquier mala fe y respondía a una señal providencialista, pues recalcaba la idoneidad y justicia de lo actuado. En este sentido, el lenguaje colombino muestra con toda brillantez la capacidad de estructurar actitudes y referencias que Edward Said atribuyó a la cultura imperial de cualquier época, que debía servir a dos objetivos, abrir paso a una experiencia multicultural y facilitar los procesos de rejerarquización del mundo<sup>8</sup>.

La retórica colombina hizo posible la reivindicación de una antigüedad, una autoridad, la posibilidad de desgranar a posteriori sobre América una narrativa civilizatoria y mitificadora, pero se basó en una serie de registros concretos. Lo prodigioso, el pasmo y la maravilla, constituyeron elementos centrales en la respuesta inicial de los europeos ante la realidad americana. Una mezcla de deseo y de terror constituyó por lo general la expresión primordial de los primeros encuentros entre españoles e indígenas, pues los escritos del descubrimiento registraron mediante ese esquema el reconocimiento instintivo de lo diferente, la sorpresa total ante lo americano, novedoso e incomprensible. Lógicamente, fue el adecuado manejo del silencio, la pérdida del uso de la palabra y la imposibilidad de describir la grandeza, el tamaño o el contenido de lo que se descubría, lo que llevó a escritores y cronistas a una apelación retórica en torno a su propia veracidad: “No quisiera alargarme aquí, porque dudó que se me crea”, señaló en una de sus cartas Américo Vespucio<sup>9</sup>. El asombro ante lo radicalmente nuevo, que era lo americano, terminó por poner de relieve los problemas de credibilidad de quienes transmitían a su regreso a Europa noticias y relaciones y precipitó una reva-

---

<sup>7</sup> Margarita ZAMORA, *Reading Columbus*, University of California Press, Berkeley, 1993, p. 183.

<sup>8</sup> Edward SAID, *Culture and Imperialism*, Vintage, Londres, 1994, p. XXVI.

<sup>9</sup> Sara CASTRO-KLARÉN, “Mímesis en los trópicos: el cuerpo en Vespucci y Léry”, en *Literatura de viajes. El Viejo Mundo y el Nuevo* (ed. Salvador García Castañeda), Editorial Castalia, Madrid, 1999, p. 34.

lorización de la experiencia directa como fuente de conocimiento. Frente a la autoridad de los clásicos, se acreditaba la “experiencia del testigo”.

Aunque el almirante de la mar oceana Cristóbal Colón produjo un buen número de textos, es evidente que su *Diario de Viaje* constituye el más importante en la creación de su autoimagen de “héroe navegante”, merecedor por su arrojo y lealtad de la eterna gratitud de los reyes católicos. Estos debían preservar en teoría sus derechos como almirante y gobernador de las tierras halladas en un régimen de monopolio feudal, reconocido por las capitulaciones de Santafe de 1492, que no podían en la práctica mantener. Conocemos el *Diario* gracias al sumario que hizo de sus contenidos el padre Bartolomé de las Casas y a los fragmentos incluidos por Hernando Colón en la biografía que escribió de su padre<sup>10</sup>. El importante papel jugado por Las Casas no sólo como transmisor del principal escrito colombino, sino como su editor y manipulador, ha sido estudiado con interesantes resultados. Las Casas resumió y parafraseó a Colón y a través de un proceso selectivo de transcripción y omisión modificó tanto la información del *Diario* como su concepción textual: “La presencia mediadora de la voz del editor en el texto interviene en el proceso de lectura e interpretación, así como en la representación del descubrimiento en él recogida”<sup>11</sup>.

A pesar de que esta presencia editorialista de Las Casas debe ser tenida en cuenta, la importancia del *Diario* como la obra en la que se fundamentó el comienzo de una representación exótica de lo americano, entrevisto por Colón apenas como un ramillete de “islas de la India” al retorno de su exitoso primer viaje, resulta incuestionable<sup>12</sup>. Los escritos colombinos narraron la historia de una exploración y enumeraron acontecimientos de una cierta manera y con una determinada lógica. Uno de los géneros en cuya tradición se asentó el *Diario* de Colón fue el *Roteiro* portugués. Este representaba un intento del explorador por dar una versión escrita de la experiencia heroica trazada en nuevos espacios –la exploración costera africana fue determinante en su formación- a partir de la curiosidad y la ambición de mejora y salvación, clásicos móviles de las exploraciones atlánticas.

---

<sup>10</sup> Cristóbal COLÓN, *Los cuatro viajes. Testamento* (ed. Consuelo Varela), Alianza Editorial, Madrid, 1990, p. 13.

<sup>11</sup> Margarita ZAMORA, *Reading Columbus...*, p. 43.

<sup>12</sup> Juan GIL, *Mitos y utopías del descubrimiento. 1-Colón y su tiempo*, Alianza Editorial, Madrid, 1990, p. 57 y ss.

De acuerdo con este antecedente, la textualidad del *Diario* fue pragmática, específica y material. Durante los primeros 42 días de viaje, Colón mencionó vientos, corrientes y distancias, ansiosamente relacionados con segmentos de tiempo, pero a partir del 12 de octubre de 1492 registró los acontecimientos destacados del viaje y reflejó la mutación que sufrió su conciencia de héroe salvífico, el “portador de Jesucristo”, según firmará más tarde (*Cristoferens*), por conducir los gentiles a la salvación<sup>13</sup>. A partir del descubrimiento, la información geográfica estuvo referida a una amplia contextualización cultural y a una determinada trayectoria personal; sólo en el marco de esta perspectiva se hace posible entender el resto del texto.

Uno de los elementos más destacados de esta orientación utilizada por Colón fue la invención de una geografía de lo exótico, entendida como un modo descriptivo de lo que hallaba en el Nuevo Mundo. Lo *otro* ultramarino y desconocido no solamente es encontrado y registrado, sino que es *descubierto*, se conoce e incorpora de un cierto modo. El resultado es que el *Diario* es un texto irregular y laberíntico, que contiene la tradicional información náutica pero también recoge la experiencia cultural del viaje, articula de algún modo la navegación y el descubrimiento como operaciones distintas. Hay que resaltar, sin embargo, que lo desconocido era la ruta, no el objetivo, y en ese sentido Colón construyó una retórica de la novedad que antecedió a la propia realidad “descubierta”. Su *Diario* subordinó la tradición textual náutica a modos de expresión que enfatizaron una experiencia subjetiva del espacio, que fue al mismo tiempo pasado (lo que buscaba y soñaba) y presente (lo que al fin encontró). Sobre esta concepción de América como recompensa y premonición, Colón asentó luego su publicística, caracterizada por la percepción cultural de los seres humanos hallados como exóticos y de lo americano como maravilloso y terrorífico a un tiempo. Todo esto le facilitó la interpretación de determinadas señales, las de un providencialismo español implícito en el hecho de que la corona de Castilla recibiera América para ser evangelizada, mientras él cobraba una estatura heroica. Pero como veremos a continuación, la preeminencia del navegante debía ser sustituida por una figura adaptada a los nuevos tiempos de conquista y colonización.

---

<sup>13</sup> Carmen MANSO PORTO, “Cristóbal Colón y el incunable de la cosmografía de Tolomeo de la Real Academia de la Historia”, en *Cristóbal Colón. Su tiempo y sus reflejos* (eds. Jesús Varela Marco y M<sup>a</sup> Montserrat León Guerrero), Universidad de Valladolid, Valladolid, 2006, p. 372.

## EL HÉROE CONQUISTADOR

El extremeño Hernán Cortés ha sido presentado por la historiografía sucesivamente como héroe del renacimiento, cumplidor de su destino glorioso e inevitable para el tiempo barroco, individuo iluminado benefactor de la humanidad en la ilustración, figura condenada a la gloria y la postergación para los románticos, o arquetipo de conquistador criminal para el indigenismo primario y pedagógico de la revolución mexicana. Desde los años ochenta del pasado siglo devino en reconocido fundador del extraordinario México virreinal, para ser visto en nuestros días como personaje con ideas propias y promotor de la globalización<sup>14</sup>. En cualquier caso, es imposible dejar de reconocer en Cortés, durante toda su vida, no sólo la posesión de un gran sentido de la oportunidad, sino de una conciencia del poder de la escritura como propaganda, justificación o coartada. Hasta tal punto, que no sabemos dónde empieza el Cortés político y dónde el escritor, o de qué manera fueron sus piezas literarias elemento de estrategia de invención de una nueva figura, la del héroe conquistador.

A comienzos de 1504, un joven Hernán Cortés tomó el camino de las Indias. Nacido en Medellín en 1485, fue hijo de unos hidalgos pobres, el escudero Martín Cortés Monroy, según indicó el padre Las Casas, y Catalina Pizarro Altamirano, hija de la condesa de Medellín, de acuerdo con las noticias del cronista y más tarde hagiógrafo suyo Francisco López de Gómara<sup>15</sup>. Una infancia enfermiza robusteció su carácter y al cumplir los catorce años fue enviado a Salamanca con su tía paterna Inés de Paz, pues sus padres deseaban que estudiara leyes en su Universidad. Allí residió dos años, durante los cuales cursó gramática y latín con Francisco Núñez de Valera, aunque no llegó a ingresar en la magna institución, para disgusto de sus progenitores. Joven bullicioso, amigo de las armas y los lances amatorios, en 1501 decidió embarcarse en la expedición que dirigía Nicolás de Ovando para poblar y poner orden en las Indias, pero se lo impidieron las heridas que sufrió al caerse de un muro cuando rondaba a una dama casada. Al recobrase, pretendió unirse a las tropas del Gran Capitán que pasaban a Italia, pero tampoco lo logró. Después de vagabundear por distintas ciudades españolas durante un año, retornó a Medellín y anunció a sus padres su deseo de pasar a América, lo que consiguió en 1504.

---

<sup>14</sup> Enrique FLORESCANO, *Memoria mexicana*, FCE, México, 2004, p. 275 y ss., Salvador BERNABEU, “Hernán Cortés en el siglo XIX: proceso al conquistador”, en *Hernán Cortés y su tiempo*, Editora regional de Extremadura, Mérida, 1987, p. 425 y ss.

<sup>15</sup> Juan MIRALLES, *Hernán Cortés, inventor de México*, Tusquets, Barcelona, 2001, p. 47.

En años posteriores se convirtió en *baquiano*, un español experimentado y adaptado a las exigencias de la frontera tropical del Caribe. Una vez en Santo Domingo, Cortés permaneció algún tiempo en la recién fundada capital y se enroló en la hueste de Diego Velázquez, que sojuzgó la rebelión de la cacica Anacaona. Al término de la campaña, fue recompensado con un repartimiento de naturales en Daigüao y la escribanía del ayuntamiento de Azúa, ciudad que ayudó a fundar. Allí vivió cinco o seis años de las rentas que le pagaban sus indígenas encomendados, incubando en silencio la avasalladora ambición que daría a conocer más tarde. En 1509 llegó a La Española el gobernador Diego Colón con un gran séquito de españolas casaderas, entre las cuales iba Catalina Juárez, y dos años después se incorporó a la expedición de Diego Velázquez que conquistó Cuba. Al parecer, en esa ocasión no actuó como soldado, sino como secretario o tesorero de Velázquez, que se vio acusado al poco de fraude a la real hacienda. Cortés tuvo ocasión entonces de mostrar su incipiente talante maquiavélico. Juan Juárez llegaba en esos momentos de Santo Domingo acompañado por su madre y hermanas, una de las cuales era la mencionada Catalina Juárez, *La Marcaida*. Como Velázquez decidió casarse con otra de las hermanas, Cortés se incorporó al emergente clan familiar al casarse con Catalina, enlace en el cual Velázquez ofició de padrino. La interesada amistad le valió una encomienda de indios en Manicarao y la posesión de un ható con vacas, ovejas y yeguas.

Con el paso del tiempo, Cortés se convirtió en un hombre rico e incluso tuvo una hija con una indígena, que también apadrinó el ya gobernador de Cuba Velázquez. En 1519, los españoles preparaban desde allí el asalto a un imperio situado al Occidente, del cual tenían noticias hacía tiempo. Velázquez organizó una expedición a Yucatán, cuya costa acababan de recorrer Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalba, y puso a su concuñado y fiel compadre Cortés al mando. En teoría, debían adelantar en la costa mexicana una clásica expedición de descubrimiento y rescate, esto es, de exploración e intercambio comercial, para entrar en relación con los naturales y averiguar “los secretos de la tierra”. Pese a lo limitado del encargo, Cortés levantó una hueste o tropa de conquista de trescientos hombres, con la que partió precipitadamente de Santiago de Cuba para evitar que Velázquez le revocara el nombramiento, lo que en efecto hizo poco después. En Trinidad se le unieron otros doscientos españoles y en La Habana y el cabo de San Antón se le sumaron algunos más.

La armada cortesiana partió de Cuba el 10 de febrero de 1519 con once naves, a bordo de las cuales iban 109 marineros, 508 soldados, 32 ballesteros, 13 escopeteros, 16 jinetes y 200 indios de servicio, además de algunos



negros. Su artillería consistía en 10 cañones de bronce y 4 falconetes. Al llegar a la isla de Cozumel, Cortés rescató al español Jerónimo de Aguilar, que llevaba ocho años en la costa yucateca a causa de un naufragio y había aprendido maya. Otro náufrago español, Gonzalo Guerrero, eligió en cambio permanecer con los indígenas y lucharía con ellos hasta el fin de sus días contra los recién llegados. La navegación continuó por la costa yucateca hasta la desembocadura del río Grijalva, donde tuvieron un combate con los naturales de Tabasco. La paz fue negociada a través de Aguilar, que obtuvo a cambio del cese de hostilidades la entrega de alimentos y veinte mujeres, entre las cuales estaba la famosa doña Marina, que se convertiría en amante y consejera de Cortés. El papel de Marina, la *Malinche*, como se sabe fue fundamental en la conquista de México, pues hablaba el náhuatl de los aztecas y la lengua de Tabasco o mayance, que era la que había aprendido Aguilar, con lo que Cortés pudo merced a sus servicios comunicarse con los naturales.

Poco después, contraviniendo de nuevo las órdenes de Velázquez, Cortés se dirigió a San Juan de Ulúa, donde instaló un real o campamento. Dos días después arribó una embajada azteca con presentes (piezas de oro, ropa fina y adornos), que confirmaron la riqueza del imperio que buscaban. Tras una misa, les comunicó que los españoles eran cristianos y súbditos del mayor emperador del mundo, les regaló cuentas de vidrio, una silla de caderas y una gorra y solicitó una entrevista con su monarca. También efectuaron una exhibición de caballos en la playa y numerosos disparos de artillería, que impresionaron profundamente a los naturales. A la semana siguiente, llegó otra embajada azteca con más obsequios (dos ruedas grandes de oro y plata, granos de oro, ropa de algodón y animales) y la respuesta del *tlatoani* o emperador azteca, que se negó a recibirlos. Cortés aceptó lo que le enviaba e insistió en la entrevista. Por fin, arribó una tercera embajada para conminarle a marcharse.

Todo lo sucedido afirmó la voluntad de Cortés de convertirse en conquistador de aquel imperio cuya riqueza había quedado evidenciada por los regalos enviados para asustarlo y mostrar su poderío. Debía empezar por liberarse de la tutela, siquiera nominal, de Velázquez. Por eso en julio de 1519 promovió un motín de sus adictos en la hueste, que de acuerdo con el plan acordado le propusieron desobedecer las órdenes de comerciar y en cambio intentar ganar aquel opulento reino para Castilla. El procedimiento requirió la fundación de una población, la Villa Rica de la Veracruz, que eligió un cabildo entre los nuevos vecinos y lo impuso como capitán general y justicia<sup>16</sup>. La

---

<sup>16</sup> Manuel LUCENA GIRALDO, *A los cuatro vientos. Las ciudades en la América Hispánica*, Marcial Pons, Madrid, 2006, p. 45-46.

posterior estrategia de acercamiento y conquista del imperio azteca fue muy meditada y reprodujo tácticas empleadas en la reconquista peninsular, pero fue muy novedoso el registro propagandístico y la edificación de un mito por Cortés de “héroe conquistador”, mediante las famosas “Cartas de relación”. La primera de ellas (10 de julio de 1519), dirigida a Carlos V, fue despachada a España con unos procuradores que le llevaban el quinto real, lo que resulta fundamental, en la medida en que aún era un rebelde contra la autoridad de Velázquez; narraba lo ocurrido desde la partida de Cuba<sup>17</sup>.

El 16 de agosto de 1519 Cortés y su hueste, formada por 400 infantes, quince o dieciséis jinetes, y 1.300 indios totonacas aliados, se adentraron en el interior de México. Lo ocurrido desde entonces hasta el 30 de octubre de 1520 fue recogido por Cortés en la segunda y fundamental *Carta de relación* (30 de octubre de 1520). Si en Veracruz quedaron unos 150 hombres, la mayor parte de ellos enfermos o inútiles, por consejo de los totonacas los españoles se dirigieron a Tlaxcala, una confederación de cuatro pueblos nahuas, enemiga tradicional de los aztecas. Los tlaxcaltecas rechazaron la oferta de alianza de Cortés y se defendieron heroicamente durante varios días, al cabo de los cuales decidieron negociar. Poco después la hueste cortesiana, acompañada de numerosos aliados tlaxcaltecas, partió hacia Cholula, la ciudad santa azteca, donde se produjo una terrible matanza. Según indicó el conquistador, los aztecas le habían tendido allí una celada para evitar que pasara a su capital, Tenochtitlan. La trampa fue descubierta por doña Marina; en aquella trágica ocasión cerca de tres mil naturales fueron muertos por los españoles y sus aliados tlaxcaltecas.

La marcha hacia el valle de México de la hueste conquistadora con sus aliados indígenas, por las ciudades de Amecameca, Tlamanalco, Chalco e Iztapalapa, constituyó el siguiente acto de la conquista. El 8 de noviembre los recibió Moctezuma, sobre andas, rodeado de nobles y con gran aparato ceremonial; fueron alojados en el gran palacio de Axayácatl. La capital de los aztecas excedió todo lo que hubieran podido imaginar. Se trataba de una ciudad lacustre, unida a tierra firme por cuatro calzadas, con una población de unos 200.000 habitantes, salpicada de casas bajas con azoteas y dotada de una zona monumental central en la que destacaba el templo mayor, una gran pirámide de 114 gradas en cuya parte superior estaban las capillas de los dioses Huitzilopochtli (de la guerra) y Tláloc (de la lluvia). Las relaciones con

---

<sup>17</sup> Hernán CORTÉS, *Cartas de relación* (Ed. Angel Delgado Gómez), Castalia, Madrid, 1993, p. 105 y ss.

los aztecas fueron buenas al principio, pero a medida que Cortés dejaba claro a Moctezuma que no pensaban marcharse empeoraron, como dejó bien claro en sus escritos. De ahí que, enfrentado al hecho de que la huaste se encontraba encerrada en un palacio situado dentro de una ciudad enorme, de la que solamente se podía salir por las cuatro calzadas que iban a tierra firme, tomó la decisión de capturar al *tlatoani* como rehén, con el peregrino argumento de que había mandado atacar a los españoles de Veracruz. Haciendo gala de una gran temeridad, el 14 de noviembre Cortés se presentó en el palacio de Moctezuma con sus capitanes y le obligó a trasladarse al suyo, en calidad de preso. Moctezuma recibió luego varias embajadas que le inquirieron sobre la posibilidad de atacar a los españoles, pero no les dio ninguna orden. Cortés mandó luego apresar varios señores aztecas y se apoderó de un importante botín de joyas y oro, cuya parte correspondiente envió a Carlos V. Llegaron entonces las noticias de que había arribado a San Juan de Ulúa una fuerza española de 1.400 hombres, ochenta jinetes y diez o doce cañones, enviados por el gobernador Velázquez desde Cuba para someterle.

Sabedor de que no podía luchar en ambos frentes, Cortés dejó en Tenochtitlan un grupo de 120 hombres al mando de Pedro de Alvarado, partió con los restantes a la costa y recibió a los velazquistas con promesas de riqueza. El 28 de mayo sin la menor lucha fue aclamado por todos y regresó a la capital azteca reforzado, al frente de 1.300 soldados, 96 jinetes, ochenta ballesteros e igual número de escopeteros, junto a otros 2.000 aliados tlaxcaltecas. Al acercarse a Tenochtitlan, se encaminó al palacio de Axayácatl, donde encontró a sus hombres cercados; en un acto de enorme torpeza, Alvarado había realizado una matanza contra los aztecas en la fiesta del dios Tezcatlipoca, por lo cual los habían atacado. Cortés y sus hombres quedaron atrapados en el mismo palacio, atacado por los guerreros al mando de Cuauhtémoc, sobrino de Moctezuma. Este fue conminado por Cortés a asomarse a un balcón para pedirles que depusieran su actitud. El desgraciado *tlatoani* supo entonces que había sido depuesto, pues el Consejo había nombrado en su lugar a su primo Cuitláhuac, señor de Iztapalapa. Los aztecas tiraron piedras a los españoles y una de ellas impactó a Moctezuma, que murió por las heridas sufridas, aunque otra versión indica que falleció de inanición al negarse a ingerir alimentos.

La situación de los españoles se hizo entonces insostenible y Cortés dispuso la retirada de Tenochtitlan el 30 de junio en la famosa “noche triste”: otro hecho heroico en el cual su comportamiento y capacidad de mando quedó bien demostrada y mejor difundida. Pese al intento, no pudieron escapar amparados por la oscuridad y fueron descubiertos y atacados desde los

lagos. Iban tan cargados de botín que apenas podían defenderse; murieron cerca de 800 soldados y unos 5.000 indios aliados. La vanguardia de la hueste se salvó en buena parte, pero casi toda la retaguardia cayó bajo las armas aztecas. La retirada prosiguió hasta Otumba, donde lograron rehacerse. Finalmente, pudieron alcanzar sus cuarteles en Tlaxcala. Desde entonces, las escaramuzas con diversas alternativas degeneraron en una guerra de conquista. Tras lanzar una campaña contra Tepeaca, Cortés ocupó Tepeyácac y fundó Segura de la Frontera, que convirtió en base de operaciones para dominar la región oriental azteca, como narró en la tercera *Carta de relación* (15 de mayo de 1522)<sup>18</sup>. La organización militar de Cortés resultó impecable. La hueste fue disciplinada, se prohibió el juego y algunos descontentos fueron remitidos a Cuba. Reforzó la tropa y mandó fabricar en Tlaxcala unos bergantines por piezas, que debían permitirles moverse en el entorno lacustre de Tenochtitlan. El 29 de diciembre de 1520 partió de Tlaxcala hacia Texcoco con 540 infantes, cuarenta caballeros y unos 10.000 aliados tlaxcaltecas. Una vez en los lagos, ordenó ensamblar y botar los bergantines y emprendió una ofensiva para controlar sus riberas. No todo fueron triunfos, pues estuvo a punto de caer en manos de los aztecas dos veces y tuvo que hacer frente a una conspiración, tras la cual organizó su propia guardia personal.

En mayo de 1521 la hueste cortesiana y su formidable masa de aliados indígenas empezaron el asedio final a Tenochtitlan; lo primero que hicieron fue cortar el acueducto de Chapultepec y atacar las calzadas de acceso a la ciudad. La situación de los sitiados se hizo desesperada por la falta de agua y los efectos de una epidemia de viruela, enfermedad que había traído desde Cuba un negro esclavo propiedad del navegante y conquistador Pánfilo de Narváez y causante de enorme mortandad. La resistencia de los aztecas se centró en Tlatelolco, donde sufrieron las acometidas de los españoles y los tlaxcaltecas. El 13 de agosto se produjo la última ofensiva contra la capital y numerosos nativos huyeron en canoas. El capitán García Holguín, que iba a bordo de uno de los bergantines, capturó la canoa en la que huía el *tlatoani* Cuauhtémoc, que fue llevado prisionero ante la presencia de Cortés. Era el final de la resistencia azteca, tras 85 días de asedio a Tenochtitlan. El héroe conquistador había triunfado y la capacidad de producir un relato adecuado y eficaz de lo acontecido, completado con la cuarta y quinta cartas de relación (15 de octubre de 1524 y 3 de septiembre de 1526) referentes a eventos posteriores como las expediciones a las Hibueras y Guatemala, fueron un elemento fundamental de este éxito. Mientras la narrativa colombina había bus-

---

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 310 y ss.

cado en la realidad americana los elementos preconcebidos, los signos del paraíso, Cortés rompió sus ataduras con el pasado medieval y proveyó a sus contemporáneos mediante sus escritos de un modelo de conquistador que podría ser invocado en décadas sucesivas no para culminar una peregrinación, sino para construir un imperio.

#### EL ANTIHÉROE

Si el relato del conquistador inventado por Cortés funcionó bien hasta 1550, no sólo fue por su capacidad de transmitir y evocar a sus contemporáneos los hechos ocurridos, sino porque el propio impulso colonizador continuó. Desde esa fecha, sin embargo, se tornó anacrónico. El imperio español se convirtió, en especial desde la promulgación de las “Ordenanzas de poblaciones” de 1573, en un enorme conglomerado urbano. Era el tiempo de la administración y la burocracia real, la organización de la mita minera, la hacienda y la defensa frente a los piratas. Por eso, lo que antes había sido promovido y aceptado, el viaje marítimo y la expedición conquistadora, se convirtieron en motivos de sospecha y hasta de traición.

La figura del guipuzcoano Lope de Aguirre resume de manera idónea tanto el anacronismo de quienes pretendían seguir con las conquistas como la apertura hacia otros modelos de relatos de viaje, picarescos o localistas, que dan continuidad a los precedentes del siglo XVI y enlazan con los itinerarios viajeros de la ilustración, pedagógicos y científicos. Aguirre, nacido en Oñate hacia 1510, formó parte de los conquistadores del Perú que desde 1550 pretendieron seguir en la búsqueda de El Dorado, pero su rebeldía no fue única. Después de 1548, Gonzalo Pizarro fue decapitado, Francisco de Carvajal descuartizado y algunos de sus compañeros ahorcados. En Panamá, una tierra que Aguirre conocía bien pues quizás llevaba en América desde 1536, un rebelde llamado Hernando de Contreras se proclamó a mediados de siglo “Capitán general de la libertad”. Después de capturar la capital y tramar el asesinato del obispo Valdivieso, escapó con su hermano Pedro a la selva, donde un cocodrilo, supuestamente, se lo comió. Otro rebelde “infame” contra Carlos V, Francisco Hernández Girón, fue ejecutado en Lima en 1554.

La originalidad de Lope de Aguirre estriba en que mediante su viaje enloquecido por el Amazonas encarnó un héroe a la inversa, un antihéroe por declararse rebelde contra Felipe II, pero también un pícaro y finalmente un tirano, loco, criminal y parricida, por el asesinato de su hija Elvira para evi-

tar que cayera en manos de sus enemigos, poco antes de su violenta muerte en la ciudad de Barquisimeto el 27 de octubre de 1561. Todo ello, además, tras un periplo alucinante, con el descenso completo del gigantesco río y la navegación por el Atlántico desde Brasil hasta Venezuela. La pieza de cargo fundamental contra Aguirre fue la famosa carta que dirigió a Felipe II el 23 de marzo de aquel año, según el tradicional modelo del “memorial de agravios”. Esta alude a la ingratitud del rey después de veinticuatro años de servicios en el Perú como la justificación de su rebelión y por consecuencia, la desnaturalización respecto a él, según un mero acto de voluntad libre del jefe de los “marañones”. A ojos de los contemporáneos, el pendenciero, contrahecho e iracundo conquistador había perdido la razón en el transcurso de la expedición al Marañón iniciada en Lima en 1560 bajo el mando del navarro Pedro de Ursúa, en cuyo derrocamiento y asesinato (y en el de tantos otros) participó. Con independencia de los argumentos vinculados a la turbulenta personalidad de Aguirre, es importante recordar que en sus cartas y crónicas no aparecen ni las admirables ensoñaciones de Colón respecto a los paraísos hallados, ni las magníficas proyecciones políticas de Cortés. Por contra, la injusticia real produce en su carta la muerte y el horror, en una atmósfera americana que es una pura pesadilla. La malignidad de la selva del Amazonas, narrada de manera obsesiva por Aguirre, explica su locura. Este acaba por configurar, en el extremo opuesto del entorno paradisíaco narrado por Colón, una verdadera distopía, un infierno en lugar de un paraíso. En sus propias palabras, “Te aviso, rey y señor [Felipe II], que ni intentes ni permitas enviar una flota a este río maldito, porque te juro por la fe cristiana que si cien mil hombres vinieran ninguno escaparía, porque todas las historias son falsas y en este río no se halla más que desesperación, especialmente para aquellos que recién llegan de España”<sup>19</sup>. ¿Fue esta una prueba definitiva de su insania? O por el contrario, Aguirre mostró con este texto prodigioso que se dio cuenta al final de sus días de que el tiempo de los descubridores había concluido, para dar paso a la vida urbana, criollista y mitificadora, que tendría vigencia en adelante, arrinconando la aventura hacia los márgenes?

---

<sup>19</sup> Rosa ARCINIEGA, *Dos rebeldes españoles en el Perú*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1946, p. 386-392.